

1978

Más sucedidos o exorcismos

José Sanchis-Banús

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Sanchis-Banús, José (Otoño 1978) "Más sucedidos o exorcismos," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 8, Article 10.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss8/10>

This Creación: Poesía is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

MAS SUCEDIDOS O EXORCISMOS¹

I

El paso de las grandes naves aéreas es generalmente nocturno, por cuanto se trata de verdaderos planes concertados de hostilidad invasora. Como acaece de noche, es frecuente que, primero, se lo confunda con cualquier meteorito natural; además, también suele ocurrir que a las grandes naves las anuncie o acompañe la aparición de algún cometa, o un desplazamiento anómalo de ciertas constelaciones. Luego ya no; cuando ya están más cerca, no le cabe duda a nadie de que son naves tripuladas.

La gente se agolpa en las calles y descampados; algunos se tumban, como para ahorrarle trabajo a la muerte; otros huyen mirando hacia arriba, sin ver siquiera por donde andan. Lo curioso es que cuando se produce el caso —que más imprevisible no puede ser— todos dan la impresión de haberlo esperado desde siempre.

Y más imprevisible no puede ser, en particular la forma de las naves. Alguna hay, que vuela muy bajo, de la que se ve la armazón azulada como un esqueleto; pero otras, majestuosamente, van muy alto, y despiden una claridad escarlata. Sin hablar del gigante de pelo negro y fosco, que alguien fotografió tan bien.

Por extraño que parezca, no realizan las naves la mantanza y exterminio que pudieran. Sólo hacia el puerto, a lo lejos, se ven iluminados los cristales rojos de las explosiones, se oye el estruendo que hace vibrar la tierra. Precisamente en el puerto, adonde no hay más remedio que ir para embarcar. Porque lo único seguro para todos, cuando aparecen las naves, es que es preciso marcharse del país, apremiantemente irse, sin tiempo casi, ya para siempre.

II

La fiesta nacional.

Dentro de un cuadrado, todavía es posible buscar los rincones; pero un redondel siempre obliga, por la misma o parecida secante, a recaer hacia dentro.

Generalmente, la víctima parece un cruce de espadón y de golondrina; suele tener el cogote más ancho que last ancas, y la piel negra y escurridiza. Andaluces, medio pastores y medio granujas, van y vienen, disfrazados, con desplantes de bailarina (ni todos andaluces tampoco). Unos bailarinas, otros jayanes. Se ven avispas, sol de tarde, lanzas y caparazones.

En cierto momento de la ceremonia la víctima me mira personalmente a mí. Siempre acaba de dar un grito, no estridente, sino contenido, grave y casi en voz baja, y se me queda mirando; a mí, responsable máximo de todo lo que alienta, preguntándome qué es aquello, por qué le han separado de los suyos, a quién se la ha ocurrido encajonarlo en aquel redondel, sin más desenlace que . . .

Entonces yo bajo los ojos; decididamente, no sirve uno para Dios.

III

La anciana señora tenía los ojos muy negros, el pelo tengo también, con muy pocas canas, a pesar de los años; llevaba un vestido negro, de seda brillante, y no se podía saber la parte que había en él de traje pueblerino, de sayo de monja o de atuendo de dama provinciana del siglo pasado.

Tenía un tesoro, por lo que yo pude saber compuesto de imperdibles, medallas, estampas y —me parece que lo estoy viendo— un cepillo. Guardaba el tesoro cuidadosamente, lo escondía, y, para defenderlo cuando era preciso, llegaba a echar mano de aquellos hierros largos, a veces candentes, que colgaban, antes de que descubriéramos el gas, del reborde de acero bruñido de los fogones.

Esta señora solía cantar, entonadamente aunque con voz un poco gastada por los años, una canción triste y hermosa, que decía:

!Danzad, caracolitos, danzad,
con la patita tuerta!
El pájaro cabra
— !mira! —
que la vuelta le daba . . .

Años después tuve ocasión de ver al pájaro cabra, y he de reconocer que efectivamente cojeaba un poco, como los caracolitos, y que efectivamente tenía un andar menudo, ladeado y danzarín.

¹ — Otros cinco se publicaron en *Papeles de Son Armadans*, Palma-Madrid, marzo 1976, n© 240, pp. 281-286.